

IRENE ZOE ALAMEDA

Conexión Senegal



ediciones
del Genal

ediciones del Genal

© Textos *Irene Zoe Alameda*

© Imagen cubierta *Rafael Pérez Estrada y derechohabientes.*
Cedida por José Infante Martos (Colección privada)

Autor: *Irene Zoe Alameda*

Título: *Conexión Senegal*

Dirige la colección: *Manuel Francisco Reina*

Promueven: *Ayuntamiento de Málaga y*

Empresa Malagueña de Transportes (EMT)

Diseño y maquetación: *Nuria Ogalla Camacho*

Edita: *Promotora Cultural Malagueña*

Coordina: *Ediciones del Genal*

Colabora: *Librerías Proteo y Prometeo*

Depósito legal: *MA-894-2017*

ISBN: *978-84-16871-75-9*

Nº 10

Málaga 2017

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de Ediciones del Genal.

CONEXIÓN SENEGAL

A Cheikh Ibrahim Leye

In Memoriam

He tratado de publicar este informe durante años, pero los medios con los que he contactado, pese a su entusiasmo inicial, han intentado disuadirme por los riesgos geopolíticos que comporta. Si ahora saco este relato a la luz bajo la forma de ficción es en parte por orgullo y en parte por ideología.

Todo comenzó cuando, en mitad de una noche de primavera, me desperté con la sensación difusa de haber tenido una pesadilla. Por más que me concentré en recordarla, no lo logré. Para distraerme, encendí el teléfono y entraron en tromba estos mensajes:

–Necesito que vengas a Dakar.

–Llámame en cuanto te despiertes.

–¿No lees mis mensajes?

–Bueno, disculpa la urgencia. Llámame.

Era Albert. Mi amigo Albert, que estaba a punto de concluir su periodo como representante del International Money Bank (IMB) en Senegal.

–¿Qué ocurre, Albert? –textéé.

—*Déjame que te llame desde otro teléfono.*

—¿Puedes venir a Dakar? —me dijo ya de viva voz.

—¿Cuándo?

—Hoy. Es muy importante.

Guardé silencio.

—Te compro yo el billete. Hay un vuelo que sale en breve.

Estaba tan asombrada que me limité a obedecer. Tampoco tenía tiempo para reflexionar si quería llegar a coger el avión. Y así fue como, varias horas después, unos oficiales me escoltaron desde la aeronave a la sala de autoridades del aeropuerto Léopold Sédar Senghor donde, ojeroso y demacrado, me esperaba mi mejor amigo.

En cuanto nos subimos a su coche oficial, Albert cerró la ventanita que nos separaba del conductor, abrió su portátil, que estaba apagado y, mientras fingía trabajar, me deslizó una nota manuscrita:

Hace dos semanas, el representante del IBM en Mozambique fue apartado de su puesto por motivos no revelados, y me pusieron provisionalmente a cargo de nuestro programa con el país. Vi que algo no cuadraba en la contabilidad y empecé a indagar.

Hace seis días, aquí en Dakar, acudí al funeral por la mujer del vicepresidente. Caminaba detrás de la comitiva cuando una multitud de personas me rodeó. Luego me percaté de que me habían robado la cartera.

Me miró de reojo y siguió tecleando frente a una pantalla negra. ¿Lo espiaba su chófer?

Ahora estoy amenazado de muerte, mi familia también. Necesito que nos ayudes.

Le observé con ojos desencajados, y él me devolvió una sonrisa triste. Seguí leyendo:

Antes de ayer nos despertamos Manuela y yo mareados y era muy tarde. Había pasado la hora de llevar a los niños al colegio, no entendíamos lo que nos había sucedido. Ella se acercó a sus dormitorios, y los pequeños estaban como drogados. Nuestros hijos se levantan antes de las ocho y ya eran cerca de las once. Pese a haber dormido tanto, yo estaba aturdido y fui a mi despacho buscando el teléfono para pedirle a mi secretaria que cancelara las reuniones previstas; allí vi que se habían llevado mi ordenador y varias carpetas, y que había una pintada en letras rojas sobre la pared, y fotos de mi familia tiradas por el suelo. Eran las fotos que llevaba en la cartera robada. Vinieron del servicio secreto francés y después de la CIA, y

ellos me advirtieron de que un técnico de la ONU había interceptado una orden por parte de alguien del gobierno senegalés de que debía ser vigilado y, en la ocasión más propicia, eliminado. No supieron decirme si mi familia era un objetivo, aunque sospechaban que sí. También el MI6 me ha dado el aviso por medio de una pretendida periodista que se ha quedado a hacerme unas preguntas después de la rueda de prensa esta mañana. Se refiere a una filtración del MOSAD y me proporciona unos números de cuentas bancarias en una sucursal del HSBC. Te he enviado la grabación con su voz.

Llegamos a su casa. Mientras el conductor se bajaba del coche para abrirnos la puerta, Albert cogió la nota y se la metió apresuradamente en el bolsillo.

—No le digas NADA a mi mujer. Ella no tiene ni idea de lo que está ocurriendo. Tú has venido a visitarnos.

Instalada en la habitación de invitados de la planta baja, me dispuse a escuchar la grabación del chivatazo que la periodista/espía le había dado a Albert. Me quedó claro que servía al MI6 y defendía los intereses de un banco británico: daba la pista sobre unos préstamos por valor de 2.000

millones de dólares para los que Mozambique no tenía fondos. Añadía que el MOSAD confirmaba que “la incertidumbre y la demora en los pagos se había cobrado su primera víctima en un miembro del gabinete del ministro de Finanzas, que había aparecido ahorcado en Maputo”. Por último, desvelaba que las pruebas para hacer presión “en los puntos adecuados” estaban en Saint-Louis, donde vivía un agente doble. Dado que Albert estaba bajo vigilancia, le recomendaban que se apoyara en alguien de confianza. Ahí entraba yo.

La familia de Albert era muy ceremonial y tuve que esperar al segundo turno, el de los adultos, para cenar. Albert, me espetó según tomaba asiento a la mesa:

—¿Así que mañana te marchas a Saint-Louis? Nos encantaría acompañarte, pero ya sabes que los niños no deben perder clase y yo no puedo moverme de la oficina.

A las cuatro de la mañana me esperaba a la puerta de la casa un todoterreno con un guía al volante llamado Ibra. Nos saludamos y él condujo a toda velocidad hacia el interior de Dakar. La noche senegalesa es como cualquier noche sin luz eléctrica:

algunas porciones de tierra fértil emiten un fulgor fluorescente, y alrededor de ellas se agolpa la oscuridad. Quince minutos más tarde, Ibra paró frente a un parque de atracciones abandonado.

—Ya hemos llegado.

—¿Adónde hemos llegado, Ibra? —musité.

—¿No querías hacer fotos en el parque?

—Ehhhh —titubeé—. Ah, sí... ¿Este es *el parque*?

Ibra se bajó del vehículo y se encaminó hacia los torniquetes de la entrada. Cogí mi cámara, ajusté el flash y le seguí. Casi de inmediato salió un guardia de una de las casetas de obra que había a uno de los lados. Los dos hombres charlaron en wólof y discerní las palabras *uau* (sí), *ndanga ndanka* (tranqui) y *dieureudieuf* (gracias). El guía me hizo una señal para que me acercara.

—Entra tranquilamente. Tienes media hora, a las cinco tenemos que partir hacia Saint-Louis porque tienes la cita a las once y con estas carreteras nunca se sabe.

Alumbrada por el flash, me adentré en aquel lugar carcomido por el sol y el salitre. No tenía la menor idea de lo que estaba buscando. Hice fotos por si eso me ayudaba a entender la situación. Por el objetivo de la cámara intuí un cuerpo que se balanceaba colgando de una sogá. Retiré la lente de mis

ojos para distinguir lo que había a veinte metros de mí, pero no podía ver lo suficiente. Me inquietaba que fuese un ahorcado. Llegué hasta aquello.

Estaba ahorcado pero era un muñeco, no una persona. Sentí tal alivio que se me escapó una carcajada. El maniquí negro, que estaba vestido como un dandi inglés, colgaba a la puerta del túnel del terror. Lo que me rodeaba agonizaba en un estado de decrepitud y abandono y, pese a ello, la ropa del monigote era nueva. Tan nueva que tenía que ser una pista, por lo que le registré el traje. Así es como descubrí una llave de una caja de seguridad con caracteres cirílicos, color níquel satinado, sin óxido y bastante nueva.

—¿Ya has terminado?

—Sí.

Me fijé en la botella de la que Ibra había estado bebiendo a sorbos desde que nos habíamos conocido, e identifiqué el olor que de todo él emanaba: se trataba de jengibre.

—¿Quieres *ginger*? Es un estimulante natural, así me mantengo alerta.

Con el coxis magullado por los botes de recorrer carreteras atrocemente erosionadas sobre un asiento

que no era sino una tabla forrada de paño, llegá-
bamos a la ciudad más importante del noroeste de
Senegal.

Saint-Louis (o Ndar en wólof) huele a pescado po-
drido, pero enseguida dejas de percartarte del olor.
Da lo mismo cuán cerca estés del puerto —Ndar
es pescado putrefacto, pescadores y vendedoras de
pescado—, te habitúas al hedor con naturalidad, se-
guramente porque algo dentro de nosotros siempre
se está desintegrando. Nos alojamos en el Hôtel De
La Poste, y me llevé la grata sorpresa de que Ibra,
o Albert, me había reservado la *chambre* 219 del
aviador Jean Mermoz.

Una calesa me aguardaba en la salida trasera del
hotel y me condujo por la zona colonial. La llave
del ahorcado se columpiaba en el interior de mi
chaqueta. Frenamos en seco a la entrada de una
mansión, y al bajarme me dejé llevar de la mano
por una niña hasta el despacho de mi anfitrión, el
cual agradeció a la pequeña sus servicios en un
depurado francés local y se dirigió a mí en un per-
fecto inglés londinense.

—Do you have the key?

—Yes, yes, of course¹ —balbuceé.

¹ “¿Trae la llave?” “Sí, sí, claro.”

Con ella abrió una enorme caja de seguridad semioculta tras una cortina y sacó unos documentos que la niña se llevó corriendo.

—Ya puede marcharse.

—¿Adónde?

—No necesita saber más. Su conductor está al corriente. До свидания!²

Recorrimos los 400 km entre Saint-Louis y el puerto de Barra en pos de un coche fúnebre que portaba un ataúd amarrado con cuerdas a una vaca metálica. Si bien ocasionalmente nos perdíamos de vista, más tarde nos volvíamos a encontrar, el otro vehículo siempre delante de nosotros, como si Ibra lo siguiera con la confianza de que nos aguardarían por mucho que nos retrasásemos.

Se me informó de que *yo* había decidido pernoctar en el Hôtel Chez Salim, frente al Lago Rosa. Intenté dormir, lo cual es imposible con el espíritu perplejo. De madrugada, toqué en la puerta de Ibra, que me ofreció un té de menta al estilo del país que me dio arcadas; él se rió y masculló un dicho que significaba:

² “Dâ svidaniya”, traducido como “Adiós” en ruso.

—El primer trago es amargo como la muerte.

Sin nada más en el estómago que el té empalagoso, antes del amanecer comenzamos a cruzar poblaciones mientras mi compañero me hipnotizaba con su parloteo con olor a jengibre y me contaba historias sobre las cofradías musulmanas, de los *mouride* y de los *tijāni*.

Pasamos por Kébemer. Eran impactantes los campos de basura calcinada que se extendían por todas partes: el paisaje de ese cuerno de África está moteado de bolsas de plástico quemadas; son negras, vuelan a baja altura y se enredan en los matojos.

Inesperadamente, me entró un mensaje de Albert:

—Los 2.000 millones del HSBC fueron a parar a Rusia. Ahora vencen los plazos pero no hay dinero para pagar la deuda al banco, deuda contraída sin el conocimiento del IMB. ¡A nuestras espaldas! ¡Al margen de la contabilidad nacional!”

Vi que Ibra miraba de reojo mi teléfono, y cuando lo giré para ocultárselo se puso a cantar. Contesté:

—O sea: que Mozambique ha comprado algo a Rusia con préstamos del HSBC, algo por valor de 2.000 millones de euros. ¿Qué habrá comprado?

Mi compañero continuó canturreando.

Llegamos al puerto en la frontera con Gambia, e inmediatamente volvimos a vislumbrar al grupo del féretro. Mientras esperábamos la salida del ferry a Banjul, me entretuve haciendo fotos a unos niños que gritaban: “Barça o Barzakh!”, un juego de palabras que resume la diatriba de la juventud africana: o coger un cayuco y triunfar en el Barça, o dejarse morir...

En Banjul, Ibra me recordó que *yo* quería entrar en la representación de Naciones Unidas, y no me extrañó toparme con la conductora del coche del ataúd dentro de las dependencias de la ONU. Le hice un gesto de saludo con la cabeza, pero ella me ignoró y sacudió la suya con condescendencia. Un tipo trajeado, japonés, me entregó un pequeño disco duro y me dijo que tenía que llevarlo a una escuela en Tambacounda.

—¿Y con esto habré terminado?

Debía ser un gesto habitual en la casa, porque el hombre también sacudió la cabeza de forma cansina y se alejó.

Atravesar Niokolo-Koba fue un suplicio por la falta de amortiguación sobre un paisaje casi lunar. Cuando llegamos a la catarata de Dindéfelo (“cerca

de las montañas” en lengua peúl) me sentía como una canica dentro de una secadora.

Anoté en detalle y de manera secuencial lo sucedido hasta entonces. Me entró curiosidad por la fallecida esposa del vicepresidente de Senegal, en cuyo funeral habían robado la cartera a Albert. La primera noticia de la búsqueda no pudo ser más reveladora: el vicepresidente de Senegal recibía el pésame del presidente de Mozambique; sorprendentemente, en el pie de la foto que ilustraba el artículo se indicaba que ambos mandatarios habían cerrado el año pasado una operación de compra-venta de barcos atuneros. Sin embargo, un año después de la supuesta adquisición de barcos senegaleses, la flota pesquera mozambiqueña permanecía nominalmente estable. ¿Adónde habían ido a parar los barcos? Me zambullí en la biografía del presidente Guebuza, que lideraba el Frelimo y llevaba años alentando una escalada de violencia progresiva en Mozambique conforme el Renamo —la oposición— se le iba aproximando en los comicios. Ante la inminente pérdida del gobierno, el Frelimo había conformado un ejército clandestino que garantizaría a los suyos la seguridad una vez las urnas les despojaran del poder. Estaba claro que desde

hacía años allí se libraba una guerra civil de baja intensidad. Concluí en voz baja:

—Lo que los mozambiqueños han comprado con el dinero del banco inglés no son barcos atuneros: ¡son armas rusas! Y el vicepresidente senegalés debe ser un comisionista.

Recuerdo haberle oído decir sin atisbo de cinismo a una intelectual que “*la política es el arte de alinear intereses y conjugar voluntades*”. Se me vino a la mente el comentario cuando me topé con un termiteo de casi dos metros de alto. Alcé la vista: estaba en territorio peúl. Cientos de jirones de tela se mecían en aquella selva de matorrales sahelianos, en un ritual por el que los pastores pedían a los dioses que les proporcionaran ropa nueva.

Por fin llegamos a Tambacounda y paramos en un colegio azul con cuatro pabellones. Ibra me sugirió que usase su paquete vacío de cigarrillos como funda para el disco duro obtenido en las oficinas de la ONU.

En uno de los chamizos enseñaban a los más chiquititos el *passé composé*. En otro, el comedor, los niños más mayores estaban sentados ante unos

cuencos que contenían puré de cacahuets y mijo; en cuanto me vieron, empezaron a exclamar “*Toubib! Toubib!*” que es como antaño se llamaba a los médicos, que eran blancos. Un occidental abrasado por el sol emergió de uno de los módulos y los niños se callaron. Sorteando a los pequeños, avanzó hacia mí. Me pidió un cigarrillo, le di el paquete de Ibra y se lo guardó en el bolsillo de la camisa. Hizo un guiño a los niños, que retomaron su gozosa algarabía, y se marchó.

Mi última parada fue en el Hôtel Le Relais de Kao-lack. Se notaba que era una región más rica: la carretera por la que habíamos transitado, y que conecta Mali, Guinea Conacry y Guinea Bissau con el puerto de Dakar, estaba en condiciones mucho mejores. Había sido financiada por el IMB, y era mantenida y reasfaltada cada seis meses por Rusia.

Me entró un mensaje de texto de Albert, en el que me avisaba de que le habían ofrecido una prejubilación forzosa.

Estaba tan agitada que me metí en el agua caldosa de la piscina y me mantuve allí hasta la práctica disolución de mi epidermis. En el enorme descam-

pado que veía a lo lejos había decenas de camiones que bajo la luz de la tarde parecían elefantes sedientos.

Veía mi misión con una turbia nitidez: el MI6 me había proporcionado la llave de acceso a los contratos secretos firmados entre Mozambique y Rusia para la compra de armas, contratos que guardaba en una caja el agente doble de Saint-Louis. Y yo había escoltado esos documentos en un féretro hasta Banjul, donde los habían grabado en un disco duro que posteriormente yo había entregado dentro de un paquete de cigarrillos a un periodista en Tambacounda.

Rodeada de moscas con cuerpo de araña que zumbaban alrededor de mis orejas, comprendí la estrategia subyacente a toda esa trama: el escándalo de la filtración de los contratos opacos generaría un escándalo de tales proporciones que forzaría al IMB a elegir entre afrontar las turbulencias financieras derivadas de un impago de la deuda, o rellenar con millones de dólares de la ayuda al desarrollo las arcas de un gobierno corrupto. Esta última había sido sin duda la solución elegante y discreta que se había impuesto para que Mozambique saldara su deuda inconfesable con el HSBC inglés.

Unos críos jugaban al fútbol con ímpetu profesional en una pista improvisada sobre la vía del tren. Con el último fulgor anaranjado del día, una paloma cayó fulminada en medio de la línea defensiva imaginaria. Todos corrieron a observarla.

La noche en Kaolack volvió a ser difícil. Eran muchas las dudas morales que mi papel en aquel complot me generaba. Me incomodaba la certeza de que aquellas armas pagadas sin saberlo por los contribuyentes del planeta iban a servir para acabar con innumerables vidas en los años que seguirían. Percibía que algo dentro y alrededor de mí había cambiado, e intuía que las consecuencias en mi biografía serían formidables en el futuro. Deseaba volver a mi anterior estado de ignorancia.

Pero los grillos comenzaron a cantar en su particular jerga africana, pasó el tren nocturno, y su canción de cuna lo despejó todo.



*Este librito se terminó de imprimir en la
ciudad de Málaga, bajo el signo de las
estrellas que rigen la Constelación de
Leo. Al cuidado de esta edición las
Librerías Proteo y Prometeo.*

Irene Zoe Alameda

Autora de *Sueños itinerantes* (Seix Barral), *Warla Alkman* (Edhasa), *Escribir en la posguerra* (Michigan University Press) y *Artista y criminal* (Castalia) entre otros. Licenciada en Filología Hispánica por las universidades Complutense (Madrid) y Friedrich-Wilhelm (Bonn). Doctora en Teoría de la Literatura por la Universidad de Columbia (Nueva York), ha sido investigadora del CSIC, traductora, directora del Instituto Cervantes de Estocolmo y profesora en universidades alemanas, españolas y norteamericanas. Guionista y directora de los premiados cortometrajes *Tarde de homenaje*, *Buen viaje*, *Uniformadas*, *Jaisalmer*, *Reber's Backstage*, *Migraciones* y *Time*, y del largometraje *Fronteras de Papel*, que se estrenará en 2018.

